

Neila Garrido

LA MASCOTA  
HUMANA



Ediciones Corona Borealis

LA MASCOTA HUMANA - Neila Garrido

© Neila Garrido  
© 2017, Ediciones Corona Borealis  
Pasaje Esperanto, 1  
29007 - Málaga  
Tel. 951 088 874  
[www.coronaborealis.es](http://www.coronaborealis.es)

Maquetación editorial: Georgia Delena  
Diseño de cubierta: Sara García

ISBN: 978-84-947642-1-9  
Depósito Legal: MA 762-2017

Primera edición: diciembre 2017

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

*A mi padre, quien me puso un libro en las manos.*



# Índice

|  |     |
|--|-----|
| Introducción.....                              | 9   |
| Capítulo 1. El secuestro.....                  | 11  |
| Capítulo 2. Preguntas y respuestas .....       | 27  |
| Capítulo 3. El viaje .....                     | 43  |
| Capítulo 4. Bienvenidos a Idra.....            | 59  |
| Capítulo 5. La huida del campamento.....       | 73  |
| Capítulo 6. Las adopciones.....                | 91  |
| Capítulo 7. El baile de los pifriz.....        | 107 |
| Capítulo 8. La sorpresa.....                   | 123 |
| Capítulo 9. Los acuerdos.....                  | 137 |
| Capítulo 10. El arte del engaño.....           | 151 |
| Capítulo 11. Últimas noticias.....             | 169 |
| Capítulo 12. La trampa .....                   | 185 |
| Capítulo 13. El penicuiq es el nuevo mork..... | 199 |
| Capítulo 14. Somos gatos .....                 | 215 |
| Capítulo 15. Las pruebas .....                 | 231 |
| Capítulo 16. La elección del líder .....       | 245 |
| Capítulo 17. El primer vuelo.....              | 261 |
| Capítulo 18. El cromo 1993.....                | 277 |
| Epílogo .....                                  | 289 |



# Introducción

“**L**o bueno de las palabras es que permanecen. Parece trivial pero no lo es. Limpia y en unos días estará sucio, come y volverás a tener hambre, estudia y lo olvidarás pero si escribes siempre quedará escrito. Esta facultad de las palabras es mi favorita. Seguida de su sencilla reproducción. ¿Y qué decir de lo que no se dice pero que completa el cerebro del lector?

*Neila Garrido*





# Capítulo 1. El secuestro

**S**i quieres que cambie tu vida debes ocuparte de ello aunque en ocasiones los cambios vienen sin llamarlos, pero en estos casos no eliges si son a mejor o no.

Violeta Salcedo quería un cambio y tan desesperada por obtenerlo como estaba, casi le daba igual hacia donde la llevara. Tenía treinta y dos años y era la segunda hija de cinco hermanos. Todos varones menos ella. Se crió sin apenas infancia, puesto que su padre, un recio hombre de campo, era de la mentalidad de que los hijos se tenían para que te ayudaran en el campo y las hijas, para las labores domésticas. Su madre cosía para sacar algo más de dinero con que alimentar a tan extensa familia y no tenía tiempo de ocuparse de sus hijos más pequeños y de todas formas, para eso estaba su hija, que ya contaba con diez años cuando nació el menor. Sin duda, de aquello le venía a Violeta su destreza al cocinar. Tuvo que inventarse platos para dar de comer a los tres hermanos pequeños que tenía a su cargo como si de una madre jovencísima se tratara. No se quejaba porque se comparaba con su pobre hermano Antonio, el mayor, que se dejaba la espalda y la piel ayudando a su padre en las desagradecidas labores agrícolas.

Cuando Violeta tenía catorce años recién cumplidos, su padre los reunió a todos para contarles que su madre les había abandonado y que no sabía si iba a volver algún día. No les informó de mucho más, porque la mujer no le había dejado ni una nota de despedida y tampoco él era hombre de muchas palabras. Por lo poco que los chicos descubrieron con posterioridad, Marcelino el lechero, desapareció el mismo día y

fueron la comidilla del pueblo. Los llamaban los amantes fugitivos de Rota. Las señoras aburridas, aun hoy día, los miraban al pasar con una mezcla de falsa compasión y condescendencia, como si fueran perritos abandonados de los que apiadarse en público pero que, a la hora de la verdad, nadie adopta. Para rematarlo, si se daba el caso de que tenían alguna comadre cerca, le daban un codazo y suspiraban. Violeta y sus hermanos las habrían abofeteado de haber podido.

Pero nada de eso le importaba ya a ella. A pesar de seguir viviendo en el mismo pueblo de su niñez, la mayoría de aquellas mujeres eran demasiado mayores para ser tomadas en cuenta y las demás demasiado jóvenes para recordar aquella vieja historia. A Violeta lo que realmente le importaba era salir de aquel lugar. No le habría importado fugarse con algún amante como hizo su madre, de no ser porque ella no tenía amantes. O ser descubierta como una nueva promesa de la cocina... si es que aquello era posible o solo le pasaba a los cantantes y actores atractivos que trabajan como camareros en Hollywood. Ella no era más que una de tantas cocineras en un restaurante humilde de un pueblo de la España profunda. Y ni siquiera era demasiado atractiva. Sus ojos eran pequeños y redondos, su nariz diminuta y sus labios estrechos y largos, dándole, en conjunto, un aire de belleza infantil y desfasada, como sacada de un anuncio antiguo de Coca-cola. Era baja y un poco rolliza y su mejor atributo, a pesar de que ella lo odiaba, era su singular cabello rojizo, rizado, salvaje y abundante. Solía mantenerlo recogido en una juvenil coleta cuando paseaba pero la mayor parte del tiempo permanecía oculto y grasiento bajo el gorro de cocinera.

No era una persona demasiado extrovertida y eso, unido al hecho de vivir en un pequeño lugar con un padre vigilante y posesivo, no le daban muchas opciones de mantener relaciones serias con el sexo opuesto. Aunque ella estaba convencida de que se debía más a su escaso atractivo que a cualquier otra cosa.

Aun así, se las había apañado para tener tres parejas hasta el momento. Muchas para el juicio de su padre y sus hermanos, pocas para ella y su espíritu romántico que a estas alturas se preguntaba si realmente

existía su príncipe azul y dónde se había metido todos estos años. (Ya le pediría explicaciones cuando le encontrara).

Su primer novio se llamaba Manuel, como su padre, lo cual no le hacía mucha gracia pero son cosas que no se pueden elegir. Eran dos niños prácticamente entrando en la adolescencia cuando se conocieron y él la cambió por la primera chica que encontró con los pechos mas desarrollados que ella y más dispuesta a dejarse “hacer”. Y pensó “no estaba de Dios que fuera para mí”, lloró como la jovencita inexperta que era y no le olvidó hasta siete años después, cuando conoció a Miguel, en cuyos musculosos brazos Violeta habría olvidado hasta su propio nombre. De hecho, olvidó que su mejor amiga ya le había avisado que aquel chico era un mujeriego y que lo habían visto con otra chica en varias ocasiones. Lo que no le contó fue que lo sabía de primera mano, porque ella misma había cometido la equivocación de enamorarse de él un año antes. Violeta se sentía agradecida porque un hombre como aquel se hubiera fijado en ella, le parecía demasiado bueno para ser verdad, y así era.

Miguel se llevó su virtud y su corazón y tres años después, también su ingenuidad al ser descubierto en una indecorosa postura con una extranjera de enormes y según Violeta, caídos pechos.

Su tercer amor fue Darío, que era un hombre bueno y terriblemente aburrido. Definirlo como “su amor” tal vez era demasiado pretencioso, sobre todo si lo comparamos con sus sentimientos añejos y absurdos, aunque muy insistentes por Miguel.

A Darío lo conoció con veintiséis años. Consintió en salir con él más por no estar sola que por otra cosa, pero pronto descubrió que en ocasiones es mejor la soledad y aunque parezca increíble, más entretenida. Era un ser gris que a pesar de no carecer de cierto atractivo físico no tenía un solo ápice de personalidad. Violeta tuvo que aguantar durante meses la misma respuesta a la pregunta “¿Qué te apetece hacer hoy?”, que invariablemente era “No sé, lo que tú quieras, cariño”. Probablemente lo más triste de esta historia era que ni siquiera fue ella quien acabó con la relación. Tras tres años que le parecieron treinta, Darío la abandonó alegando que ella, al parecer, era “muy mandona”. Ni siquiera

se inmutó al verse nuevamente abandonada, fue un alivio por una parte y una novedad por otra, que esta vez no la dejaran por otra mujer.

Así pues, llevaba ya casi tres años sin pareja digamos “oficial”. Porque sí que había tenido momentos “tontos” con algún hombre que otro, pero que no habían conducido a nada más allá de una mera relación física de una o dos noches, que normalmente le dejaban las sábanas sucias, los bajos satisfechos y el corazón hambriento.

.....

Cuando salió de trabajar el día 15 de agosto del 2013 ya era más de la 01:00h de la madrugada. Ese día era fiesta en toda España y la gente, a pesar de la crisis, siempre encuentra el dinero necesario para salir a comer en restaurantes y bares. Había hecho calor todo el día, más aun en una cocina rodeada de fogones, sin aire acondicionado y con tres personas más trabajando a destajo igual que ella. Estaba sudada, grasienta y pegajosa. Pero a aquella hora se levantaba una brisa más que agradable y por fin se había quitado la ropa de trabajo y aunque no solía soltarse el pelo en verano, decidió hacerlo para sentir cómo aquel viento inesperado le mecía los cabellos. En ese momento pensó que el día había sido duro, sí, pero se lo esperaba peor. Sintió que por lo menos ya estaba acabando y que tal vez mañana sería mejor. Tal vez mañana, o dentro de una semana, entrara un hombre al restaurante y dijera: “¿Quién ha cocinado esta deliciosa tarta de manzana?” e insistiera en conocer a la cocinera en persona. Él resultaría ser un hombre rico, atractivo (y divertido) que se enamoraría de ella al instante y la sacaría de aquel lugar para pedirle que cocinara solo para él y sus futuros hijos.

Mientras pensaba en aquella utopía tan reconfortante como imposible, le sucedió algo aún más imposible. De repente sintió humedad. No una humedad localizada, no había llegado a esa parte de su recurrente fantasía; sino una generalizada, la sensación de haberse caído en una piscina, solo que seguía de pie y no sentía el frío habitual del agua, ni tampoco calor, y más raro todavía, podía respirar.

Su primer impulso fue el de levantar un brazo y mirarse la mano. Lo hizo para descubrir la turbia y aunque había poca luz, diría que tenía un extraño color azulino. Ese fue el último movimiento que pudo hacer por su propia voluntad aquella noche, porque de repente y sin lograr

comprender lo que pasaba, aquel extraño medio en el que se encontraba inmersa tomo las riendas de su pequeña anatomía dirigiendo los músculos de sus piernas y sus brazos para conducirla hacia sabía Dios donde. Sentía presión en los puntos clave de los músculos de sus extremidades, pero no dolor. Era como ser arrastrada por los chorros de agua de las mangueras de cien bomberos experimentados y coordinados para moverla con relativa naturalidad, como si fuera un títere. Hasta su mandíbula estaba siendo sometida. Trataba de gritar pero le era imposible despegar los labios. Lo único que podía hacer es lo que hizo, llorar de desesperación y miedo. Sus lágrimas no resbalaron por sus mejillas, en su lugar se mezclaron con el extraño medio acuoso enturbiándolo momentáneamente. De no haber sido así, habría dudado de si realmente estaba llorando. No entendía nada de nada.

Tras infinitud de forzados pasos adentrándose en la espesura de los cuidados pinos de las afueras de la localidad, vio al fin donde se dirigía. Iba directamente a una especie de auditorio de lo que parecía, latón prefabricado y que no existía en aquel lugar el día anterior. Se preguntó que atrocidades le pasarían allí dentro. La estaban secuestrando, eso estaba claro, pero ¿para qué?, ¿pretendían violarla?, ¿venderla como esclava?, o peor aun ¿la desmembrarían y venderían sus órganos en el mercado negro?, y ¿cómo habían conseguido manipularla de aquella manera tan extraña? Violeta había oído hablar de la burundanga, la droga de los violadores. A lo mejor la habían drogado y lo que ella interpretaba como agua, no era más que hombres, llevándola en volandas hacia donde planeaban y no podía ni verlos, ni resistirse, tan drogada como estaba. Pero si esto era así, ¿cuándo la habían drogado? Ella no había salido de la cocina en toda la tarde y por la mañana estuvo en su casa. Tal vez la droga también le hacía olvidar el momento en el que la tomó.

Trató de fijar la vista a su alrededor sin lograr ver a nadie y empezó a luchar contra aquel poder con todas sus fuerzas. Fue inútil. Notó cómo la presión aumentaba hasta empezar a sentir dolor pero siguió luchando. De repente sintió presión en la nuca y perdió el conocimiento pero no por ello su cuerpo dejó de caminar.



Andrés Sánchez no creía en extraterrestres. De hecho se burlaba de los programas que daban por televisión hablando de pruebas concluyentes de su existencia actual, pasada y de la supuesta implicación del gobierno norteamericano. Había visto alguno que otro de aquellos programas, más que nada, para saber de qué hablaban sus compañeros de oficina a la hora del café y poder opinar. En contra, por supuesto, pero hay que saber de lo que se habla con toda la información de primera mano.

Tampoco creía en Dios, le parecía un ser tan imaginario e infantil como Papa Noel o los propios marcianitos. Y él era adulto y además de ciencias. A su modo de ver, todo lo que la Ciencia no pudiera explicar, sencillamente no existía y punto. Su mujer sí creía en Dios y del tema de los extraterrestres, tenía sus dudas, así que solía decir “nunca se sabe” y eso le enervaba los nervios a Andrés. La tachaba de crédula e inocente y ya habían tenido sus más y sus menos con este tema. Cuando más enojado estaba, se preguntaba cómo había acabado casándose con semejante descerebrada. Cuando se calmaba, aquella ingenuidad le resultaba encantadora. “Solo creen en seres superiores quienes necesitan creer en ellos y eso denota claramente ser un sujeto inferior” decía Andrés con arrogancia. Y eso crispaba los nervios de su mujer.

Sin embargo, aquella noche habría dado cualquier cosa por creer en un Dios al que recurrir y por no entender lo que sus ojos le estaban mostrando tan claramente. Estaba en una nave espacial (aún se resistía al término OVNI) y, o bien era la mejor broma del mundo, o aquel sitio no era nada terrestre. ¿Pero quién iba a querer gastarle una broma de tan mal gusto y con tal coste? Su mente práctica y terca trató de barajar cualquier posibilidad antes de la más simple. Lo cual, en realidad, ya contradecía varios principios científicos.

Podía tratarse de un nuevo programa de televisión (eso justificaría el presupuesto), y aunque tendría más sentido hacerlo con gente famosa a su parecer, bien pudiera resultar de interés (y ser más barato) con gente normal y corriente como un publicista calvo y cuarentón. Lo que no le acababa de convencer de esta teoría, era la tecnología que estaba viendo y sintiendo en sus carnes con esa ofensiva claridad.

En primer lugar estaba aquel insólito líquido que le había envuelto y manejado, como a una vil marioneta, para conducirlo a aquella extraña sala. Estaba tan extrañado que se medio dejó guiar. De todas formas estaba seguro de no haber podido hacer nada para evitarlo y al fin y al cabo, sentía curiosidad por ver dónde (y cómo) acababa aquello. Sus involuntarios pasos le llevaron a una especie de auditorio oscuro medio oculto entre los árboles y la complicidad de la noche. Entró por lo que parecía un agujero ovalado en una pared pintada de verde sin pretensiones y sin puertas. Un pasillo mal iluminado le condujo a una sala abierta en forma de guitarra. Seguía sin ver puertas ni ventanas. De la parte baja de aquellas paredes curvadas sobresalían once bultos como las bolsas de un canguro y en diez de aquellos lugares había una persona perfectamente colocada y aparentemente durmiendo. Dedujo fácilmente que era el último en llegar a aquella forzosa reunión a la que nadie le había invitado. Se preguntaba si también le obligarían a dormir.

De repente el líquido que lo envolvía desapareció no sabía bien por dónde. Volvía a ser dueño de sus actos. Se encontraba limpio y seco. Totalmente seco, como si nada le hubiera mojado. De haber tenido pelo lo habría constatado con más claridad. Lo más curioso es que ya no olía al sudor rutinario que llevaba acompañándole desde el mediodía, cuando las mujeres con quienes compartía sala en la oficina, habían apagado el aire acondicionado quejándose del frío al que él las sometía, no por gusto, evidentemente.

Lo segundo que contradijo su lógica fue también lo que limitó su movimiento. Nada más recuperar su cuerpo, se dio instintivamente la vuelta e intentó salir por donde había llegado pero descubrió que no podía acceder por el pasillo que le trajo a la sala. Lo intentó varias veces sin éxito; algo invisible se lo impedía. Con más calma trató de investigar de qué se trataba. Sentía al tacto algo acolchado, como la habitación de un loco, pero sin que hubiera nada en realidad; al menos nada visible. Probó a empujar con fuerza y aquel campo invisible cedía un poco más pero devolviendo a su mano la misma presión que esta ejercía. Era tan desesperante como tratar de unir los polos positivos de dos imanes.

Pensó en correr contra ella pero algo le decía que se dejaría el hombro maltrecho en el intento.

Abandonando aquella idea se concentró en la sala en la que se encontraba. En el centro había una mesa integrada en el suelo y vasos con algo que parecía agua. Tenía bastante sed, pero no estaba seguro de si sería una buena idea beber. Por otra parte, si fuera un programa televisivo no le iban a matar, como mucho aquello le daría diarrea; si es que querían vender más morbo y como buen publicista, sabía que siempre querían.

Se acercó a la mesa y cogió un vaso, por verlo de cerca, antes de decidirse a beber. Se descubrió pensando: “¿De qué tienes miedo?, no puede ser lo que parece”. Olió el contenido como un cervatillo sediento, como si con no detectar ningún olor, ya no quedara lugar a dudas de que era agua y solo agua y bebió; más por demostrarse a sí mismo su teoría que por confianza. Calmada su sed, dejó el vaso en la mesa. Al instante, aquel vaso se lleno de agua de nuevo, solo que desde abajo; como si la propia mesa lo hubiera llenado. No se atrevió a beber más, ni a tocar la mesa.

Cubierta su principal necesidad básica, volcó su interés hacia sus dormidos acompañantes. Fue mirando cada lugar de aquella habitación e hizo el recuento de personas. Sin contarse él, eran siete adultos y tres menores. Dos de los adultos y una niña eran caucásicos; un hombre y una mujer de mediana edad. Andrés no habría sabido decir qué edad tenían, ni por aproximación, nunca había sabido fechar a los adultos. La niña era rubita y tendría unos tres o cuatro años. Otros dos adultos eran hombres jóvenes africanos de los que vendían CDs en una manta para ganarse la vida. Al lado de ellos, ocupaba un espacio un niño de diez años, quién se le antojó una pequeña replica de uno de aquellos adultos. Pero lo que de verdad le llamó la atención fueron los pelirrojos. No es que no hubiera visto nunca uno; es que nunca había visto tantos juntos en un mismo lugar. Eran dos mujeres, un hombre y una niña, todos ellos pecosos y de pelo cobrizo. Probablemente en 30 km a la redonda no quedarán más. Si aquello era un programa de televisión, entendería la mezcla de razas para aumentar el público objetivo, pero ¿para qué tanto zanahorio?



En lo que debatía consigo mismo si debía (y si podría) despertarlos, siguió observando la habitación. No había reparado de lejos en que, lo que se le antojaba forma de guitarra respondía al efecto de dos zonas cóncavas enfrentadas en el centro de una sala que de lo contrario sería oval. Ambas poseían una discreta entrada curva que daba privacidad a su interior. Una de aquellas parecía un vestuario dado que estaba llena de unos uniformes blancos de distintos tamaños. Once, por supuesto. La otra sala era muy diferente. No tuvo claro lo que era hasta que se paró a pensar: “¿qué falta aquí?”. Había un montículo que le llegaba hasta la cintura saliendo del suelo. Era del mismo material aparente que la mesa de los vasos, pero parecía contener un líquido en su interior. Y tenía una especie de escalera para acceder. Demasiado alto para ser un inodoro, demasiado bajo y estrecho para ser una bañera. ¿Para qué serviría aquello?, ¿Y quién sería el primer valiente en meterse allí? Claro que, peor era beberse algo sin saber que era y le había faltado tiempo...

.....

Violeta se despertó oyendo voces desconocidas.

—No puede ser casualidad que haya cuatro pelirrojos... debe existir alguna conexión— fue lo primero que oyó.

—¿Conexión con qué?— le contestó una voz femenina.

Abrió los ojos sin entender lo que veía ni dónde estaba. Ya se había despertado en otras ocasiones sin saber dónde se encontraba, pero normalmente, era la casa de una amiga. Esto era diferente, no podía relacionar aquello con nada de lo que había hecho la noche anterior, y a decir verdad, ni con nada que hubiera visto u oído...nunca.

—Ya se ha despertado la que faltaba— dijo un hombre calvo. —Buenos días señorita, supongo que estaba usted cansada, ¿verdad? —no había sarcasmo en su voz, solo parecía tratar de ser amable.

—Buenos días, ¿eh?.. — no sabía su nombre.

—Me llamo Andrés. ¿Y usted?

—Yo soy Violeta. ¿Dónde estamos?

—Buena pregunta, eso mismo estamos debatiendo. ¿Qué cree usted?

Violeta, ya más despierta, se fijó en su interlocutor. En realidad no era calvo en el sentido clásico, había algo raro en su apariencia, pero ¿qué? Tras el inicio de la actividad de las últimas neuronas que aún quedaban entumecidas en su cerebro, advirtió que no tenía cejas... ni pestañas. En realidad carecía de cabello alguno en toda su anatomía. Se preguntó a qué clase de enfermedad se debería aquello y si sería contagioso, por supuesto, era una chica práctica.

Respecto a la pregunta... le echó una mirada a su alrededor. Aquello parecía un "After", raro y postmoderno, medio vacío. Vacío para ser un garito, demasiado lleno para ser una habitación de hospital.

—Pues a decir verdad no tengo ni idea. ¿Esto es una discoteca?

—Si lo fuera podríamos salir... ¿Recuerda cómo llegó aquí? —dijo un hombre pelirrojo. Le sonaba su cara, lo había visto por el pueblo pero nunca antes habían hablado.

Y entonces lo recordó.

—No se lo van a creer... —comenzó a decir, dudando de si debía continuar con la explicación.

—Seguro que sí— interrumpió una mujer morena en tono despectivo.

—Te ha manejado un extraño fluido contra tu voluntad— resumió un hombre alto y rubio, al tiempo que echaba una mirada de reproche a la mujer morena.

—¿Cómo lo saben?, ¿acaso saben lo que era eso? —hizo la pregunta sin saber bien a quién debía dirigirla.

—Nos ha pasado a todos los presentes —contestó de nuevo el tal Andrés, abriendo los brazos.

Entonces una sombra empezó a abrirse paso en su mente. Una idea descabellada, pero a todas luces, la única que podía encajar con todo aquello. No supo qué expresión mostraba su rostro, pero supo que era evidente qué estaba pensando, por el siguiente comentario del hombre pelirrojo.

—Exacto. Extraterrestres— dijo. Y todos los presentes cambiaron de postura súbitamente incómodos. La mujer morena hasta puso los ojos en blanco y chasqueó la boca.

—Basta Lorena...No volvamos otra vez a lo mismo— trató de conciliar el hombre rubio.

—No pueden ser extraterrestres simplemente porque no existen. ¡Hasta los niños lo saben! — insistió el tal Andrés, al tiempo que miraba a los pequeños presentes, como esperando que alguno le secundara. A Violeta le resultó pueril buscar el apoyo de un infante. Ningún niño contestó. Parecían asustados. Teniendo en cuenta el tema y el desconcierto de los propios adultos, no era de extrañar.

—Muy bien, tipo listo, y si no, ¿de qué va todo esto? —contraatacó el pelirrojo.

—Ya te lo he dicho, no sé lo que pasa, solo sé que no puede ser eso— gesticulaba para aparentar tener la razón. El efecto fue el contrario.

—Pues tampoco puede ser un programa, ya te lo digo yo, que trabajé en televisión— afirmó sin petulancia, una mujer alta y pelirroja en quien Violeta no había reparado hasta ese momento. Todos la miraron. Supuso que no había hablado demasiado hasta el momento. —Eso no funciona así. No se puede secuestrar gente sin pedirles autorización, ni siquiera la policía puede. Además, ¿cómo cree que han podido controlar nuestros cuerpos de esa forma?

—¿Usted también cree en marcianitos? —trató de ridiculizarla Andrés.

—Yo no he dicho eso. Solo estoy descartando posibilidades. Y por cierto, dejemos ya de tratarnos de “usted”, algo me dice que vamos a pasar juntos algún tiempo. Es una formalidad absurda dadas nuestras circunstancias. Llámenme simplemente Luci.

Los dos hombres africanos no añadieron una sola palabra en la discusión. Violeta dudada de si sabían hablar castellano o simplemente estaban aterrorizados.

—Supongamos que no son alienígenas. Hagámoslo por reducción al absurdo—interrumpió la mujer morena llamada Lorena.

—Es que lo absurdo sería suponer que lo son... —insistió Andrés.

—Es un método matemático, yo no le he puesto el nombre, por favor, déjeme continuar— corrigió la susodicha, haciendo caso omiso a la recomendación de tutear. El no hacerlo la separaba más de

aquellas personas, a su parecer. —Si suponemos que no lo son y todas las posibilidades nos llevan a un callejón sin salida, eso significaría que lo son— todos callaron. Era un consentimiento implícito. —Muy bien, primera pregunta, ¿Qué clase de líquido terrestre puede controlar personas de ese modo?

Hubo silencio en la sala. Todos se miraban esperando una respuesta, una idea, algo a lo que agarrarse. Nada.

—Bien, resuelto este punto— tono irónico de nuevo— ¿qué tecnología puede hacer ese campo de fuerza?— Lorena señaló la única salida de la sala.

—Bueno, eso puede explicarse mediante campos magnéticos, por ejemplo— seguía insistiendo Andrés.

Lorena parecía estar a punto de gritarle o pegarle un tortazo. No hizo ninguna de las dos cosas, solo suspiró. Lo bueno de los suspiros es que te llaman “idiota” sin que te puedas ofender, pensó.

—Venga, vale, te lo voy a aceptar—le concedió una pequeña batalla sabiendo a ciencia cierta que ganaría la guerra. — ¿Y de dónde sale ese líquido que rellena los vasos?, ¿Qué es esta sala?, ¿por qué hay trajes en ese cuarto? y ¿de qué está relleno el váter ese del otro cuarto?— decidió atacarle con toda su artillería.

—No sabemos si eso es un váter— fue cuanto acertó a contestarle.

—¿Y qué va a ser, si no?, ¡es lo único indispensable que falta en este lugar! — contestó molesta y cansada de discutir tonterías. Parecía haber acabado cuando decidió añadir— ¡Y tampoco sabemos si usted es humano!

Eso molestó a Andrés. Lorena no dijo el motivo pero era evidente que aludía a su total alopecia.

—Mi problema capilar no es nada del otro mundo, se lo garantizo señora —Andrés también decidió que era mejor mantener las distancias. No se dio cuenta del juego de palabras que había hecho sin querer. —Y aunque no es asunto suyo, le diré que responde a un problema de mi sistema nervioso. Nada contagioso, no se preocupe. Simplemente eso.

Lorena sintió perder su superioridad y la razón, con su última frase y más aun con la respuesta obtenida. No supo qué contestar. Por suerte no

tuvo que hacerlo porque todos volvieron la vista hacia el pasillo infranqueable. Se dio media vuelta para saber que atraía todas las miradas. Alguien o algo avanzaba por él con total normalidad. Tal vez fuera un integrante más de aquella extraña odisea o tal vez fuera otra cosa... o una respuesta.

Andrés en silencio desechó la posibilidad de un nuevo miembro. No quedaban camas libres y fuera aquello lo que fuese, no tenía sentido gastarse un dineral en tecnología para luego hacerles compartir cama.

La figura parecía humana y estaba despierta. Cuando la tenían a cinco metros de distancia la vieron con mejor luz. Era un hombre bajito pero fornido con cara de aburrido y el pelo largo y blanco, sin embargo no parecía muy mayor... ni muy extraterrestre. Llevaba puesto un mono blanco idéntico a los que había detrás de la pared curva.

—Buenos días a todos — saludó con desapego. — Mi nombre es Boris y me imagino que tendrán muchas preguntas.

Andrés disimuló la sonrisa de creerse ganador en la disputa de la existencia de vida en otros planetas. El tal Boris no era el típico presentador, estaba claro, pero al menos humano sí que era. Le alegraba más tener razón, que saberse a salvo.

—Pues sí que tenemos, sí... —dijo el hombre rubio.

—Será un placer para mí contestarles a todas... —interrumpió el nuevo, con cara de que no era para nada un placer sino mas bien un suplicio —... pero antes les ruego que vean atentamente este “vídeo”. Entrecomilló en el aire con los dedos mientras terminaba de decir la palabra “vídeo” y a continuación tocó una pared. La pared respondió a su tacto cambiando de color como una onda que se extendía, cubriendo la mitad de la sala, con la imagen de un cielo estrellado.

Mientras sonaba una música relajante, una voz suave y agradable de mujer comenzó a hablar:

*“Bienvenidos a bordo. Han sido ustedes elegidos para formar parte de la expedición número 2.678 de la nave idrana LOBO DE MAR III con destino Idra.*